

Semana Santa andaluza e identidades

De nuevo va a activarse ese Patrimonio Cultural vivo, mezcla de tradición y modernidad, de continuidad e innovaciones, que es en Andalucía la Semana Santa. Entendida no como simple periodo vacacional, ni centrada en los oficios litúrgicos, sino como fiesta en la calle y en muchos hogares. Una fiesta en que las Imágenes, más allá de su significado icónico dentro de la rememoración de la Pasión, son referentes simbólicos de identidades: personal (mediante la devoción a un Cristo o una Virgen concretos y singulares, no intercambiables), familiar (porque activan el recuerdo de quienes ya no están y conectan a las generaciones que sí están presentes), territorial (de barrios o sociedades locales), grupal (antes de gremios, etnias y clases y hoy de quienes integran los cuerpos de nazarenos, las cuadrillas de costaleros o portadores de tronos, las bandas de música o las centurias de “armaos” romanos) e incluso de nuestra propia identidad como pueblo, ya que a través de unas formas culturalmente propias de organizar y vivir la celebración nos autorreconocemos como andaluces. Es este ámbito identitario un eje fundamental de la fiesta, sin el cual no existiría esta. Y es el que explica principalmente el actual *boom* de participación en ella: el gran aumento -que algunos califican de desmesurado- del número de nazarenos y de costaleros, de miembros de bandas y de espectadores no pasivos que ocupan las calles para ver cofradías en tan alto número que llegan a ser considerados como un riesgo para la seguridad ciudadana. ¿Alguien piensa, de verdad, que este incremento actual es resultado de una milagrosa conversión religiosa de masas que hasta ayer serían descreídas, indiferentes o hasta irreligiosas? ¿Cuántos de quienes visten túnicas, llevan costal, tocan trompetas o esperan durante horas a que pase una cofradía van a los oficios del jueves o viernes santos o a la vigilia pascual?

La definición de nuestra Semana Santa como únicamente “una imponente manifestación de fe católica” solo es posible mediante una inaceptable sucesión de reduccionismos: reducción de lo identitario a lo espiritual, de lo espiritual a lo religioso, de lo religioso a lo cristiano, de lo cristiano a lo católico y de lo católico a lo eclesiástico. Y no es que falte religiosidad en la fiesta, pero interpretada desde los valores y expresiones de la cultura en que se incardina, que es la del pueblo andaluz. No es inocente el que, en su afán de controlar la fiesta y a las cofradías -que son los más importantes, aunque no únicos, agentes portadores de esta-, la Iglesia oficial haya sustituido la expresión “religiosidad popular” por la mucho más restrictiva de “piedad popular” y hayan sido redefinidas las cofradías como asociaciones “públicas *de*” la Iglesia cuando siempre antes habían sido asociaciones “privadas *en*” la Iglesia, haciéndoles perder la autonomía que defendieron durante siglos.

La Semana Santa andaluza es por naturaleza pluridimensional y polisémica (con diversidad de significados). Perdería su carácter de Patrimonio Cultural vivo y de Bien Común si llegara a ser reducida a una sola dimensión y una única institución le impusiera un único significado para hacerla productiva de acuerdo con sus intereses y estrategias. Sea la institución eclesiástica, las instituciones políticas o los poderes económicos. Si esto ocurriera, dejaría también de ser una fiesta total con diversos significados y socialmente transversal en cuanto al posicionamiento y distancia sobre ella y la forma de vivirla (o de

no vivirla). Es esta la principal amenaza para su futuro, aunque de ello no sean conscientes la mayoría de los cofrades ni aquellos a quienes les gusta sin, a veces, saber muy bien por qué.

ISIDORO MORENO
Catedrático emérito de Antropología